



Arte: Virginia Vera

## Capítulo Dos

### Nobleza Gaucha

Maneado a una ontológica cadencial, me dirijo al palenque de la lengua para que me piensen flete o mortaja, fiambarrera de tranco trunco, pasuco manco de una verdad compuesta para hacerla blanda e'boca. Componedor de verdad alguna, ya ninguna se amansa en mi tinta; ya no hay manso simulado ni arreo que le corresponda. Simulo una lengua cercana y establezco el discurso de lo distante. Ya no hay lazo que alcance pa'pialar la distancia de lo dicho en relación a su cadencia que lo informa, su cadencia que lo lleva a la distancia: ya ni siquiera pa'la contempla se comporta.

Lo distanciado ya se distancia de tal distanciamiento que cualquier procedimiento de amarre se debe al simulacro, al simulacro de su imposibilidad. La imposibilidad de contar simula la distancia en que se presta la escritura para la cadencial cadencia de lo dicho. Es como que lo dicho dicho está en ausencia incluso de lengua, incluso de escritura. Compleja componenda de un componedor que en soledad se embreta en el brete de su verdad imposible, de su verdad imposible, aquella verdad que constante le aparece por lo aparecido de la apariencia de su pasión por decir sin poderla por las cosas pocas de su arreo, por las pocas cosas de su arreo. Componedor de una verdad que no puede con la escritura.

Saber, e ilusionarse.

Saber e ilusionarse.

Saber e ilusionarse con que alguna vez podrá salir de este paradojal brete, salir de lo que se aleja de opinión alguna. Lo personal es decir que ya ni opinar sobre ello puede quizás y lo sabe sin quizás ni más aún un quizás. De allí quizás que sólo le quede la música, bella excusa de la música, su mejor por reciente y tangencial proceso procedimental basamento base de la suya simulación de su propio simulacro.

Hay la bella excusa de la música, hay un silencio que compone, hay una composición de belleza, hay una excusa.

extracto del libro inédito Someca 2018

Cuido la raigambre de este texto en las partículas índicas del registro sin memoria, en los índices particulares del relevo.

Trabajo sobre un archivo de lo indicado, señal de que ando sin palabras sólo más que letras, jamás palabras, nunca jamás palabras.

Con el índice señalo cosas que aparecen desde antes aparecen, desde antes de mí aparecen: la muerta no era virgen, el muerto nunca estuvo vivo, el caballo estaba marcado, la lengua ya había muerto, la lengua, ya ocupaba el silencio.

¿Cómo hacer que todo lo percibido, cómo hacer para que tanto monte en mí se aquiete, frene su afección?

Cuando y donde ocurra el desierto del desmonte más íntimo, apareceré allí, allí, desnudo, bañado en sangre por espinas, un manojo de raíces en los brazos arrastrando el propio cuerpo sobre la carnadura reseca de una lengua aniquilada.

Camino apareciendo sobre restos del sustento de un grama sustraído al suelo primario de la escritura, ésta escritura, ésta, que conlleva el imposible de deseo que se agencia en su dicción mecánica de mudez, una mudez gutural, casi terrícola.

Mudo, este libro se queda alucinado en la emisión de señales sónicas alternas al trabajo del arado sobre un blanco territorio que ingresa como página en las marcas de sus señales.

El tractor yace bajo el árbol. Las aves emprenden su vuelo en la marca de sus señas, nuevamente.

El desmonte ha concluido. Sólo la soga pende del árbol.

La reja capitula el final del libro. Es un cuerpo por partes.

Las aves emprenden su vuelo, nuevamente. Existen cuentas pendientes de la tierra.

El mecanismo ha concluido, yace bajo el árbol, pero no pende del mismo, yace bajo el árbol, pero no depende del mismo.